

LA PUBLICIDAD

Aparece los Jueves y Domingos por la mañana

Manuel I. Viñales, Gerente-propietario

Dirección-Administración: Caballero y 25 de Mayo

BUENA MEDIDA

El Superior Gobierno acaba de disponer que los Jefes Políticos, realicen, por lo menos, dos veces al año, giras generales en los departamentos que desempeñen el cargo.

Es muy plausible esa medida.—La disposición de que los Delegados del Poder Ejecutivo, recorran el departamento que tienen bajo su mando, para darse exacta cuenta de las necesidades preteritorias de la campaña, puede ser de magníficas proyecciones. Creemos que sea una medida práctica, que conduzca a fines provechosos.

La medida de que los Jefes Políticos recorran personalmente la campaña, para mirar y palpar las necesidades de ella, traerá como lógica consecuencia, siempre que esos funcionarios cumplan debidamente con su deber, que las aspiraciones del pueblo, que siente y tiene la vida, al dueño de la tierra, al jefe político se pondrán al día. Los altos funcionarios, al recorrer los departamentos, recibirán las impresiones de los habitantes, y quedará autorizado plenamente, para llevar a cabo todas aquellas mejoras que se dejan sentir en la campaña, y que redundarán en beneficio general del departamento, y de su administración.

Y si para el adelanto de la campaña, son provechosas las giras de los funcionarios aludidos, mucho más lo serán para el bienestar y tranquilidad de la misma.—La presencia de un Jefe Político en campaña, tiene que ser mirada con simpatías, é inspirar confianza; y de ahí fluye lógicamente que los vecinos que tengan que exponer quejas contra las autoridades seccionales, puedan hacerlo ampliamente, confiando en la discreción y mesura de aquel.

Ya serán las desidias ó arbitrariedades de un comisario, los desmanes de una policía, la falta de respeto que se observe en la sección, en fin, todo, todo puede ser subsanado mediante la buena voluntad y corrección de los poderes del Jefe Político.—Verá también éste, se dará cuenta, cuáles son los subalternos, los que saben cumplir con su deber, por la suma de simpatías conquistada en la sección, en el vecindario honesto y laborioso.

Si la vigilancia policial es deficiente, por la inactividad del comisario, los vecinos tienen ahí, la mejor oportunidad para presentar sus quejas, para exponer la razón de su malestar, haciendo valer sus derechos.—Y si

esa deficiencia es motivada—como lo hacíamos resaltar en un artículo del número 4 de esta hoja—por la escasez de personal, el Jefe Político, queda en el deber de, al dar cuenta del cumplimiento de su misión y del éxito de sus gestiones, informar al Poder Ejecutivo de las necesidades carecientes en la campaña, y que esperan de «allá arriba» la salvación que se anhela para la tranquilidad y bienestar general de la misma.

Es, pues, por lo dicho, que aplaudimos con sumo gusto el mencionado decreto.

Ferias domingueras

Nuestra ciudad está progresando, encausándose en las corrientes de la vida moderna, que todo lo perfecciona, admirablemente. Y al desarrollo amplio de la producción, debe tenderse la mirada, para el consiguiente afán de mejoramiento, de aventar el viejo rutinismo, para dar paso á comodidades, para hacer más en armonía con los adelantos del presente.

Sería muy bonito que se tratara en esta ciudad de organizar ferias domingueras.—A más de las conveniencias y comodidades que ofrecería para la vida doméstica, la realización de ferias domingueras, sería un acto que despertaría sumo interés, al par que indecible alegría, por la sociabilidad de ese conjunto eterogéneo de individualidades que, exponiendo en venta su mercancía unos, y otros, comprando, trae también consigo, una provechosa diversión pública.

Actualmente, en muchos departamentos de la República se efectúan ferias domingueras,—hasta en Treinta y Tres!—y es una lástima que en esta hermosa ciudad, adelantada, modernizada cuánto puede serlo, no se lleven á cabo los domingos, fiestas de esa naturaleza, que redundan también en provecho de la vida doméstica económica.

Creemos que debiera tentarse realizar una feria en alguno de los días de fiesta, por venir, y si ella no diera los resultados que se pueden anhelar, sería culpa del pueblo mismo que, imbuido en un falso prejuizgamiento, le negara su concurso, para el mayor brillo, lucimiento y éxito de esa fiesta del trabajo.

Pedimos á los distinguidos y apreciables colegas locales, den también, su autorizada opinión al respecto.

Contra la langosta

LA BARRERA METÁLICA

El Centro de Acopiadores del Rosario de Santa Fé, se ha dirigido al Gobierno Argentino solicitando que facilite á los agricultores de la provincia la venta de la barrera al precio de costo, pagadero en diez anualidades fijas, sin interés, y con la garantía de los dueños de campos que la necesiten.

Según expresa el Centro, si el Gobierno accede á esa petición, se generalizará entre los agricultores ese «único elemento» de defensa, eficaz para por lo menos disminuir los estragos que causa la langosta voladora y destruir completamente la saltona. Parece que el gobierno acogerá favorablemente la cuestión.

Sería del caso que aquí se tomara en cuenta la noticia, para proceder de un modo semejante, siempre que, como lo expone, el centro mencionado, sea efectivamente la barrera el único elemento de defensa oficial contra la acridia ó siquiera uno de los mejores para combatir la plaga, pues los demás empleados no han dado los buenos resultados que se desearían.

SUCURSAL DEL PERIÓDICO

Según informes del YI, el 19 del corriente se efectuó la fiesta en honor del inspector señor Servente y demás personal de ese establecimiento.

Gran concurrencia asistió al acto inaugural de la sucursal, sirviéndose un comfortable lunch. El señor Servente agradeció en nombre de sus compañeros la demostración de que eran objeto, siendo contestado por los Sres. Machado, Guadalupe, Machitelli, Córdones y Sánchez Vaz, quienes con galano lenguaje hicieron votos por que la institución inaugurada adelantase. Además se acordó dirigir un telegrama de agradecimiento al directorio y al señor Sosa, al senador doctor Pérez Olave y á los diputados señores Amézaga, Negro y Manini. El de éste será enviado á Paris.

Firmas que valen

MONTARAZ

(Continuación)

Todas las mañanas, el viejo montaraz discurría al azar por sus dominios, aspirando el aire saturado de emanaciones aromáticas, de esencias resinosas. Hacía su provisión de cha-

ramuscas y regresaba con la carga, encendiendo una fogata al pié del lapacho de tronco ennegrecido por el humo. Era su tarea habitual, que cumplía de un modo instintivo, gozoso al verse dueño y señor de su retiro, que nadie osara disputárselo. ¿Quién, á no ser él, podría pernoctar en aquel lugar agreste?—¿El matrero? Un hombre perseguido por enemigos implacables, que se guarece en la espesura para salvar la vida; que acechar la ocasión para poder escapar ávido de campo raso, atacado por la obsesión de espaciarse en la llanura infinita. El, no. La necesidad le obligaba á dejar su cueva por breve tiempo, y cuando demoraba más de lo que tenía por costumbre, apresuraba la marcha deseoso de llegar cuanto antes, porque el campo sin un árbol, le ponía melancólico, nostálgico, enfermo; sentía que sus miembros se aflojaban, como si la vejez cayera de súbito sobre sus espaldas. Pero así que pasaba la hojarasca, en cuánto sentía el roce de un gajo en la cara, sus tristezas se desvanecían, experimentaba un rejuvenecimiento inexplicable; le venían ganas de reír y brincar como si se hallara en pleno vigor de juventud.

Así transcurrieron los años. Una madrugada se despertó sorprendido. ¿Quién se atrevía á turbar su reposo? Porque no le quedaban dudas: él, se había tomado posesión. Aquel desgaje, aquel golpe, aquella compaña, no era obra del viento, garantenado, puesto que los más repitales. Surtales apenas lograron, clase de trastos de las copas empinadas. El estrépito continuaba, repercutía sonoramente, como si los árboles se quejaban al ser heridos. A cada rato se percibía claramente el estruendo de un derrumbe. Un ruido de ramajes, un crujimiento de astillas, de troncos que se rajaban al caer. El paisano salió del rancho para inquirir la causa de aquello, aunque vagamente lo sospechaba. Como una cuadra de su choza en lo más alto del monte, donde los árboles añosos habían formado una muralla, la claridad penetró en un torrente sin diques, invadiendo aquellos rincones en que no había más luz que el débil rayo que atravesaba las hojas. La arboleda había caído bajo el hacha del leñador y la obra de destrucción seguía empeñosamente, con impetu salvaje. Los quebrachos y los naudabays mellaban los filos, pero al fin caían lo mismo que los otros, desplomándose ruidosamente como gigantes vencidos. Perfumes inusuales, acres, se esparcían, y algunos pajarracos posados en los ramajes vecinos, callaban ante aquel ataque llevado á sus viviendas y á sus nidos.

De pronto, apareció el montaraz; ya

